

Los Libros

DISCURSOS UNIVERSITARIOS, por don *Enrique Molina*.—Ediciones de ATENEA Universidad de Concepción (Chile)

El Directorio de la Universidad de Concepción acordó publicar estos cuatro discursos pronunciados por don Enrique Molina, tres de ellos con motivo del décimo quinto y vigésimo aniversario de la fundación de ese Instituto de Enseñanza Superior, y el cuarto referente al espíritu y las funciones de la Universidad. Plausible es esta iniciativa del Directorio de la Universidad sureña, porque permite conocer en síntesis toda la historia de esa Institución narrada por su principal fundador y animador. Quien desee informarse acerca de los orígenes y desarrollo de ella tiene necesariamente que recurrir a esta fuente fidedigna que son los tres discursos de don Enrique Molina. A través de ellos sabemos de los tropiezos y vicisitudes que han tenido que vencer los fundadores de la Universidad hasta alcanzar el espléndido desarrollo en que hoy se encuentra. Esfuerzo, constancia y optimismo fueron necesarios para salvar la incompreensión, mezquindad y escasez que se oponían a la realización de la Universidad penquista. Fruto de la iniciativa particular, es hoy uno de los mejores exponentes del desarrollo cultural del país, y un ejemplo grandioso de lo que puede la voluntad humana cuando está impulsada por un ideal superior,

Cuenta don Enrique Molina con palabra sencilla y cálida cómo fueron los primeros pasos de la Universidad. «El profesor de Química, señor Salvador Gálvez,—escribe el señor Molina—

no disponía de otros aparatos para hacer los experimentos de esa ciencia que tubos vacíos de Aspirina Bayer y un pequeño anafe, que él mismo debía llevar de su casa en el bolsillo». ¡Cuánta enseñanza encierra esta anécdota en su emocionada sencillez! Y así surgió la Universidad de Concepción, sin más armas que los quijotescos espíritus que le han animado desde su fundación; y frente a ellos, don Enrique Molina, cruzado de la cultura.

Hoy en día la Universidad de Concepción se yergue enhiesta como un árbol firmemente enraizado en la realidad, cuyas ramas se extienden ávidas de azul.

Su desarrollo en lo material está atestiguado por sus edificios, pabellones, clínicas, biblioteca, salas de conferencia, etc., y en lo espiritual por la calidad de su enseñanza impartida por prestigiosos profesores chilenos y extranjeros. Su misión no sólo se ha reducido a otorgar títulos profesionales, sino a la investigación científica y a la exaltación de los valores literarios y artísticos. En tal sentido ha superado a la Universidad oficial, cuya función no es otra que la de dar profesionales.

En sus discursos don Enrique Molina no se limita a relatar la historia de la Universidad y a revelarnos sus progresos en lo material y espiritual, sino que se eleva por sobre la realidad a altas lucubraciones que dicen relación con problemas trascendentales que inquietan al hombre pensante. La hora en que vive la humanidad es demasiado trágica para que un espíritu superior como don Enrique Molina no se sienta inquietado por los problemas cotidianos que afectan al desarrollo de la cultura. Así, sus discursos resultan doblemente interesantes: por lo que nos dice en cuanto a la génesis, desarrollo y espíritu de la Universidad penquista, y por su serena apreciación de los regímenes de gobierno que se disputan la preeminencia en el mundo. Puntos básicos de estas apreciaciones son los que se refieren a los regímenes totalitarios que, pretenden arrasar con dos mil años de cultura y con la herencia legítimamente recibida

de la civilización greco-romana. Los llamados regímenes totalitarios (nazismo, facismo y comunismo, confundidos hoy en una alianza invasora de países pequeños) se fundamentan en la fuerza, en el poderío bélico, ahogando toda fusión espiritual. Frente a ellos, la democracia, con sus defectos y bondades, se alza como un refugio de la cultura. «Estos regímenes—dice el señor Molina—muy idóneos tal vez para llevar a cabo movimientos de regeneración y reconstrucción nacional, merecen un juicio adverso, porque en ellos se ha sacrificado también la libertad, no hay más opinión que la del gobierno y no se puede publicar nada contrario a la ideología de los que detentan el poder».

En cada uno de sus discursos y como epifonema de ellos, el señor Molina reitera su fe democrática y sus admoniciones a todos los sistemas de gobierno que restringen el libre desenvolvimiento del espíritu, porque para don Enrique Molina la vida debe estar imantada de un noble ideal que le dé un sentido superior más allá de las meras satisfacciones materiales. Y bien sabemos que los regímenes totalitarios ahogan implacablemente toda exaltación espiritual: religión, arte y hasta la ciencia, (recuérdese la expulsión de los sabios de las Universidades alemanas por el solo hecho de que tenían sangre judía).

Este espíritu de crítica filosófica alcanza su expresión más plena y profunda en su discurso «La crisis universitaria y las funciones de la Universidad». Dilucida el señor Molina todo cuanto se refiere a las funciones de la Universidad, al sentido de la cultura y a su relación con los problemas vitales de la humanidad. Estas palabras suyas sintetizan, a nuestro juicio, el contenido de esta conferencia: «A las universidades corresponde, en gran parte, salvar y saber conservar los valores éticos y jurídicos que la humanidad indudablemente posee, y estudiar las nuevas formas de vida que las necesidades de la época reclaman, de manera que, sin destruir lo bueno que tenemos, se pueda crear para los hombres un mundo mejor».

Por lo interesante y enjundioso de estos discursos, estimamos que ellos merecen amplia difusión. Están prestigiados por el estudio, la serenidad y la nobleza de la expresión.—MILTON ROSSEL.



MELPÓMENE, de *Arturo Capdevila*.—Edición Nascimento

En mi primer viaje de Buenos Aires a Santiago, al comienzo de 1934, tuve el gusto de encontrar en el tren a Arturo Capdevila, que también iba por primera vez a Chile.

En Mendoza, muy de mañana y ya en la combinación del Trasandino, que había de interrumpirse la noche subsiguiente, tuvimos ocasión de charlar largo mientras el tren se deslizaba entre los viñedos promisoros, camino de los Andes.

Hasta entonces, en muchos años de amistad casi fraternal, no se nos había presentado una oportunidad semejante. Antes de 1920, Capdevila vivía regularmente en su Córdoba nativa y sólo bajaba a Buenos Aires muy de cuando en cuando. Después, la vida trepidante de la gran capital lo metió, como a muchos otros provincianos, en su tráfago de factoría y Capdevila tuvo que repartir su tiempo entre el comercio de las letras que por más buenas son siempre de cambio difícil, y las cátedras del Liceo y la Universidad de La Plata.

Por tanto, fuímos encontrándonos cada vez menos, y cuando la famosa hermandad anacónica de Horacio Quiroga se cortó de pronto con el regreso del maestro inolvidable a Misiones, sólo nos veíamos ya una que otra vez y fugazmente en la Biblioteca Nacional de Maestros, *bajo el signo de Leo...* (¡Ay también se fué ya para siempre el gran artífice de los *Poemas Solariegos*).

Ahora bien, nuestro reencuentro en el Trasandino tuvo al virtud de acercarnos otra vez al cabo de muchos años, casi tan